

Francisco Javier Pérez

Lexicógrafo, historiador y ensayista, ha dedicado casi tres décadas a estudiar la historia de la lingüística venezolana, con especial énfasis en las disciplinas lexicográficas. Asimismo, ha presentado saldos reconocidos en la descripción del español de Venezuela y en la reflexión teórica sobre los diccionarios. Algunas de sus títulos de temática lingüística serían: *Historia de la lingüística en Venezuela* (1988), *Diccionario del habla actual de Venezuela* (1994), *Estudios de lexicografía venezolana* (1997), *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos* (2000), *Diccionario venezolano para jóvenes* (2002), *Las disciplinas lingüísticas en Venezuela* (2004), *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita* (2004), *Pensar y hacer el diccionario* (2005), *El insulto en Venezuela* (2005) y *Sordera, estruendo y sonido. Ensayos de lingüística venezolana* (2005) y la biografía del sanscritista Félix E. Bigotte: *El sabio en ruinas* (2007). Profesor Titular de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y Miembro Correspondiente Hispanoamericano de la Real Academia Española.

Filosofía de la composición diccionariológica

Cuenta Poe en su prodigioso ensayo *Filosofía de la composición* que a los poetas les cuesta confesar cuáles fueron los pormenores que intervinieron en la fragua de alguno de sus textos. Ganados más bien por un ánimo imaginativo, prefieren señalar que cada uno de los versos ha sido producto del inauditable dictado de la diosa inspiración, ante la que se inclinan con devoción interminable. Cuestionándolos, el poeta los calificará de histriones literarios y contra ellos escribirá su célebre ensayo de indemnización a favor del lector engañado, en el que relatará (y aquí el autor es más un narrador que un pensador, un súbdito abnegado de la ficción, esa “mentira práctica” de la que hablara Alfonso Reyes) todos y cada uno de los pasos cumplidos para lograr escribir su aún más célebre poema *El cuervo* y, en suma, para ordenar los principios de su personal manera de pensar la poesía y de escribirla en consecuencia.

Siguiendo a los poetas –sus primos hermanos–, los lexicógrafos han querido entenderse renuentes también a contar los detalles reales que intervinieron en el proceso de elaboración de alguna de sus obras. Prefieren, más bien, ofrecer explicaciones técnicas que encubren, las más de las veces, las verdades relativas a los desajustes cometidos en la elaboración de alguna de sus obras y las penurias padecidas a causa de la disciplina que sirvió para la puesta en marcha del proceso de gestación y logro del diccionario.

Con ánimo gemelo al de Poe intentaré reconstruir los pasos reales que deben darse en la construcción de un diccionario cualquiera, teniendo siempre a la vista mi propia experiencia de lexicógrafo, única fuente por la que soy capaz de atreverme a hacer esto y garantía de que lo que diga esté respaldado por la práctica lexicográfica, gestión suprema de esta disciplina, cuya definición moderna la hermana con una “técnica científica” (así como en su versión antigua lo fue como “artesanía estética”) y con sus cultores, en detrimento de todo auspicioso teorema o forma de reflexión que no esté sustentada por los ascensos y las caídas de su confección permanentemente manufacturada. He aquí, pues, mi personal filosofía sobre la composición lexicográfica y mi mayor esfuerzo por hacer que ella resulte clara. Con este ánimo (e inspirado en Poe), recurriré a la enumeración de los pasos (suerte de “paseos” por el corazón de la lengua) que deben seguirse, intercalando observaciones a tenerse siempre en cuenta en la construcción de todo diccionario (esa casa de palabras de las que estamos hechos los hombres y su vida misma). A las observaciones las llamaré “interludios”.

Primer paso

Se debe determinar, como faceta previa a la tarea, qué parcela de la lengua

quiere describirse por medio del diccionario, es decir, al definir las palabras que conlleva la expresión o comunicación de esa actividad, tanto por los que la dominan internamente como por los que la quieran conocer desde afuera. Todas las palabras pertenecen a la lengua y son susceptibles de ser reunidas y explicadas por el diccionario. Asimismo, se debe establecer a qué tipo de usuario irá dirigido el diccionario, pues cada uno de ellos llama a sus usuarios y piensa en cada uno de ellos (con la excepción de los diccionarios generales de la lengua).

Interludio

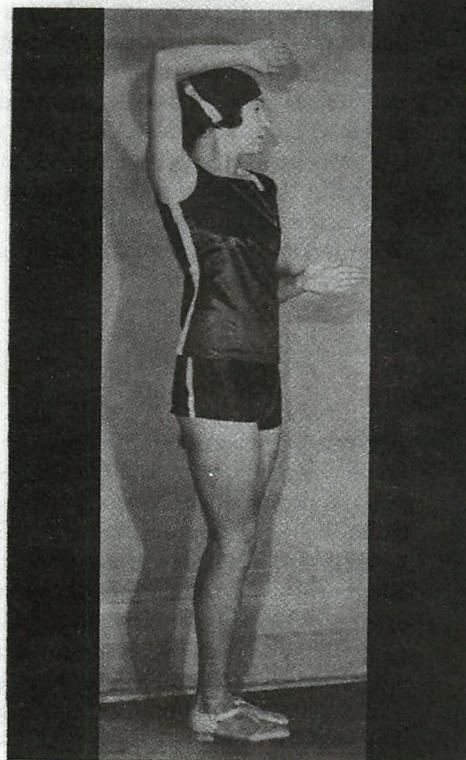
Si bien todos los temas son posibles, los diccionarios se han ocupado siempre de lo que es determinante para el conocimiento de la lengua y, también, de lo exótico y raro en el léxico, una filigrana inspectora en donde quedamos los hablantes sorprendidos con los refinamientos que las lenguas acarrearán desprevénidamente en su haber. En otras palabras, debemos ocuparnos de lo crucial general y de lo secundario encantador al momento de “pensar” un diccionario. Y pensarlo supone cumplir con un par de instancias de reflexión: la determinación de qué tipo de obra quiere crearse (pues cada diccionario es una creación individual) y la manera de crearla. Una y otra servirán de alimento para la confección de la “planta” del diccionario o código genético de este organismo vivo y creciente (en la práctica se traduce esto en un manual de instrucciones que recoja el diseño de la obra con la finalidad de saber cómo queremos que sea y cómo hacerla).

Segundo paso

Hecha, pues, la selección del ámbito léxico, debe procederse a determinar también el material léxico en sí que debe recoger el diccionario (unidades simples o palabras, unidades compuestas o frases, unidades truncadas, combinaciones de palabras, abreviaturas, voces técnicas y el etcétera imposible ante la vastedad de todo lo que el diccionario puede recoger y definir).

Interludio

Cumplido lo anterior (lo recuerdo: determinación de una temática pertinente y la selección del material motivo de la tarea), llega el momento de “hacer” el diccionario. La pregunta, aquí, es, entonces: ¿cómo lo hago? Y, sin que lo que sigue luzca de manual o recetario, se han



hecho, se hacen y se harán casi todos los diccionarios de la misma manera. Como si de un corazón se tratara, el método exige dos movimientos del investigador: una diástole, que es la recolección del material léxico; y una sístole, que es la redacción del material recogido. Voy a explicar estos dos procesos.

Tercer paso

Llamado “recolección”, consistirá en juntar, con la exhaustividad que se desee, las voces y expresiones que en un campo léxico semántico sean determinantes para su conocimiento (no olvidemos que la idea del diccionario es siempre ofrecer herramientas para acercarnos léxicamente a una parcela del conocimiento). El resultado de esta tarea, por lo general muy larga en el tiempo y muy compleja en fuentes y áreas de pesquisa, será la con-

formación de un “fichero de recolección”, es decir, del archivo físico y espiritual que contendrá el haber léxico de la temática o ámbito que hemos querido explorar con el diccionario.

Interludio

Entre el paso anterior y el siguiente puede mediar o no una zona de exigencia teórica en la que se buscará establecer los tópicos descriptivos en los que se fijará la investigación: 1) establecimiento del sistema o estructura del diccionario o conjunto de reglas macroestructurales que deben honrarse en todos y cada uno de los momentos descriptivos (entre otros principios: ordenación alfabética de las entradas, reglas de lematización o cómo encabezar y con qué voz cada artículo del diccionario, reglas de definición o cómo hacer que lo definido esté todo reunido al completo en la definición, sistema de remisión o cómo hacer dialogar una voz del diccionario con otra u otras, tratamiento de los sinónimos y variantes); 2) el establecimiento del sistema o estructura de los artículos o conjunto de reglas microestructurales que deben seguirse en todos y cada uno de los artículos del diccionario (entre otros elementos: lemas y sublemas, marca gramatical, marcas de estilo y otras para señalar rasgos diacríticos y diafásicos, definición (en la triple vertiente: explicación semántica, metalengua de signo o uso pragmático), ejemplos contextuales, documentaciones, sinónimos, observaciones).

Cuarto paso

Llamado “redacción”, consistirá en cumplir y ordenar los elementos descriptivos de cada artículo de acuerdo con las reglas previamente decididas para lograr una factura orgánica del diccionario y un único y mismo patrón de explicación y estudio de las unidades léxicas que lo conformarán. El resultado de esta tarea será la integración de un “fichero de recolección”, es decir, el texto físico y espiritual que analizará el haber léxico seleccionado y sobre el que ofrecerá nuevas iluminaciones.

Interludio

Podemos decir que el diccionario ya existe cuando se ha culminado la redacción. Sin embargo, se impone un proceso final de revisión, el primero de un conjunto de tareas previas a la publicación de la obra, punto final del largo y disciplinado proceso de elaboración.

Quinto paso

Llamado “revisión final”, consistirá en evaluar todas las acciones que llevaron a la producción del diccionario y a proceder con los ajustes a que hubiera lugar en la idea de ofrecer el máximo de coherencia y de cumplimiento con los sistemas de regularidades diseñados en la “planta” del diccionario en cuestión.

Interludio

Llegado a este punto no queda sino la puesta en papel de la explicación metodológica de la “planta” sobre la que el diccionario que elaboremos se ha sustentado. El resultado se traducirá en la escritura de una introducción metodológica, en la presentación esquemática de las marcas, abreviaturas y símbolos utilizados en el diccionario y en la hechura de índices y apéndices si fuera el caso.

Sexto paso

Llamado “publicación”, consistirá en la preparación del texto para fines de edición, en donde el lexicógrafo o autor del diccionario en acuerdo con el editor afinarán el funcionamiento de los elementos tipográficos y formales que el diccionario exige y que deben cumplirse en su publicación. Aunque pudiera parecer un asunto que no competía al lexicógrafo, lo es especialmente, pues son muchos los casos de buenos diccionarios que han sido desvalorados en su calidad por razones tipográficas y de edición. En ningún caso, el lexicógrafo puede descargar en el editor la responsabilidad de la imagen o visualización final que tendrá su obra en manos de los usuarios del diccionario, motivo y motor de la tarea lexicográfica.

Colofón

Es indudable que si quisiéramos seguir estableciendo pasos quedarían un par de ellos: 1) la recepción del diccionario, entendiendo por tal todos los esfuerzos que se hagan en la difusión de la obra, tanto en su tonalidad especializada o científica, como en su aparición en los medios de comunicación y en la publicidad con fines de comercialización (sin que esto demerite la naturaleza cultural del género); 2) la actualización del diccionario, pues casi al momento mismo de aparecer la obra ya queda caduca ante el dinamismo de la lengua y los cambios que se resienten en el

léxico. Ello obliga a asumir el oficio lexicográfico como un trabajo permanente de estudio y de elaboración en donde el diccionario es sólo “uno” y cuya elaboración abarca la longitud de una vida humana de estudio y de pasión por la lengua.

Cuenta Virginia Woolf, en *Flush*, cómo su docto y filológico cocker español dejó de ladrar y de morder debido a la costumbre de apoyar su cabeza sobre un diccionario griego. El perro se hizo silencioso como los gatos y empezó a preferir la simpatía de los hombres, más que nada en la vida. Si las arduas tareas que nos exigen los diccionarios nos hacen, como al sabio Flush, ser más silenciosos y desear la simpatía humana, la penitencia habrá valido la pena y el cumplimiento de la disciplina que nos reclaman los diccionarios tendrá permanentemente un sentido. En todo caso, nunca estará de más recordar a Samuel Johnson, el más poeta de los lexicógrafos y el más lexicógrafo de los poetas: “Todo autor puede legítimamente aspirar al encomio y celebridad; el lexicógrafo, en cambio, únicamente espera salir librado de la censura”. ◀▶